

gurar en cierto modo la marcha de las cosas en la capital.» Esta carta es del 2 de marzo. El 24 ó 25, después de la salida de Márquez para la capital, motivada en parte, según Maximiliano, por no haber llegado los austriacos, escribe el príncipe al prefecto de Miramar: «En esta guerra sólo tengo mejicanos á mi lado, y eso no por casualidad, sino por cálculo mío. Los únicos europeos que han venido conmigo á Querétaro son el doctor Basch, mi médico, y Grill, mi criado. Ni aun en mis tropas hay extranjeros, mientras que en las de Juárez, mi adversario, hay muchos americanos de los Estados Unidos.» Esta misma nota de mejicanismo se repetía en una carta de Basch á Herzfeld, escrita por mandato de Maximiliano el 29 de marzo: «Lleno de confianza, S. M. fió en esta vez su persona únicamente á los mejicanos. No sólo soy el único austriaco: soy el único europeo que está á su lado.» ¿A quién creer? ¿A Maximiliano corresponsal informante de los austriacos ó á Maximiliano calumniador de sus ministros?

☛ Resuelta la salida de Márquez, el día 21 se escribió al padre Fischer y al capitán Schaffer participándoles esa resolución: «Como la gran cuestión para Méjico en este momento es la cuestión puramente militar, y como el actual ministerio residente en la capital no está á la altura de dicha situación, según se echa de ver por sus actos, he resuelto despedirlo y llamar á la presidencia del consejo al general Santiago Vidaurri, quien corresponderá mejor á la gravedad de las circunstancias presentes. Juntamente con la presidencia, Vidaurri tendrá á su cargo la cartera de Hacienda. Envío además á ésa, en calidad de lugarteniente mío é investido de los más amplios poderes, al general Márquez para que reduzca al orden á todas aquellas viejas, levante la moral abatida y sirva de apoyo y protección á mis verdaderos amigos.»

☛ ☛ ☛

☛ Sería muy largo referir la expedición de Márquez, para hacer una seria y justa apreciación militar de su conducta. Esto no es posible aquí. Nos limitamos á consignar los hechos esenciales, y desde luego á declarar que la tenebrosa maquinación atribuída á Márquez contra los defensores de Querétaro, es un fabulón originado por el prurito calumniador de Maximiliano, amplificado fantásticamente por los aduladores de Miramón y aceptado por la necesidad que tiene el vulgo de explicar con causas maravillosas los hechos más naturales. Tratándose de Márquez, la leyenda encontraba un terreno abonado. ¿De qué misteriosas infamias no es capaz el hombre de los crímenes sombríos?

☛ Basch dice que del 1.º al 11 de abril crecía el vivo deseo de que volviese Márquez, porque andaban escasos los víveres en Querétaro. «Agravábanse cada vez más nuestras circunstancias y la penuria iba sintiéndose de una manera excesiva.» Comenzó á echarse mano de la carne de caballo para comer; el préstamo forzoso se había agotado y se impuso una contribución de capitación y otra de puertas y ventanas; todos los habitantes varones tenían que trabajar en las trincheras ó pagar una multa. «Entretanto, Márquez había desaparecido, no daba

señales de vida. No teníamos de él una sola noticia segura, aunque despachábamos uno tras otro los correos; pero ninguno de ellos volvía.» Se pensó en que fuese Mejía con una buena división de caballería para encontrar á Márquez, si éste ya estaba en camino, ó para llegar hasta la capital en busca de recursos. Mejía estaba enfermo, y se dió esa difícil comisión á un aventurero, á un desconocido, el príncipe Salm Salm. En el camino de Méjico á Querétaro lo había visto Maximiliano por primera vez. Durante un encuentro insignificante, Salm Salm quiso lucirse delante del Emperador, con extravagantes gesticulaciones para retar al enemigo. El Emperador dijo: «¿Quién es ese hombre? ¿Por qué ha venido? Me choca. Parece cirquero.» Ese hombre era á fines de abril el agente confidencial encargado de ir á Méjico para volver con toda la caballería, para pedir la mediación del cuerpo diplomático, para influir en la prensa nacional y extranjera, para exigir doscientos mil pesos de las cajas imperiales y llevarlos á Querétaro con la caja particular de Maximiliano, para decidir sobre la evacuación ó conservación de la capital, para exigir respuesta al general Márquez en un término perentorio, para tratar con los republicanos, y, por último, si hemos de creer al doctor Basch, para poner preso á Márquez en caso necesario.

☛ Esta ilimitada confianza depositada en un hombre que ni la merecía ni podía haberla soñado un mes antes, indica hasta dónde iba ya Maximiliano en el camino de su habitual suspicacia. «Un día, paseando en la plaza que está delante del convento, dice Basch, me dijo terminantemente que comenzaba á creerse traicionado por Márquez y por Vidaurri.» La canción eterna. Márquez y Vidaurri, el lugarteniente y el jefe del Gabinete, traidores porque no estaban cerca, traidores como Lares, traidores como todos los que tuvieron la desgracia de servir á Maximiliano; Salm Salm, el cirquero de la víspera, salvador del Imperio, porque lamía las botas del archiduque.

☛ La expedición de Salm Salm no pudo efectuarse y los defensores de Querétaro se vieron reducidos á seguir esperando indefinidamente un acontecimiento milagroso que salvara la situación.

☛ ☛ ☛

☛ Después de los infructuosos y sangrientos ataques dados á la plaza el 14 y el 24 de marzo, las operaciones continuaron con calma, pues no había prisa en aguardar á que el ejército sitiado consumiese su última ración de frijoles y tortillas, como decía el corresponsal de un periódico neoyorquino. Escobedo se ocupaba únicamente en reducir el cerco, perfeccionando las obras emprendidas. El resultado fué, como hemos visto, que cada día se hizo menos probable la salida de los sitiados. Miramón emprendía frecuentes operaciones con su habitual vigor, pero también con su habitual impremeditación. El 1.º de abril atacó á los republicanos en San Gregorio; el 11, en la garita de Méjico. Estos choques costaban mucha sangre y exaltaban el entusiasmo de los combatientes; pero no podían ser indefinidamente favorables á la moral del ejército sitiado, pues ya lle-

gaba la certidumbre de la derrota de Márquez, por todos los intersticios que aprovechan las malas noticias, y para nadie era un secreto la situación desesperante. De allí, la salida de Salm Salm, que al frustrarse aumentó la desmoralización.

☞ Con todo, al fijarse en Maximiliano las miradas curiosas de los oficiales y soldados, notan que el Emperador está tranquilo. Se pasea en las trincheras, se mezcla con el pueblo, da y pide la lumbre al presenciar las formaciones en la calle, juega por las noches un partido de boliche, dicta cartas descriptivas y literarias. Miramón repite que no ha sonado para la plaza el momento de capitular, tanto más cuanto que Márquez llega, está á dos jornadas de Querétaro, en Salvatierra, y su vanguardia se ha batido con la caballería republicana. No obstante, Maximiliano, que pasa por fluctuaciones violentas, después de asegurar el 24 de abril que las cosas toman buen aspecto y de mostrarse más satisfecho que nunca, dice el día 25 : «Debo estar dispuesto á todo para el caso peor, y ya me decidí á escribir á Juárez, diciéndole que si quiere sangre tome la mía y se contente con ella.» La frase es hermosa y la repite mentalmente, perfeccionándola, hasta que la burila. En el momento trágico, será su saludo á Escobedo.

☞ El Emperador y sus generales combinan disposiciones atrevidas en los días 25 y 26. Se dará un ataque á San Gregorio para ocupar la posición ó para proteger la posible retirada á la Sierra. El ataque se malogra. No importa : Miramón declara que la ciudad puede sostenerse durante cuatro meses. Hay tiempo para todo, aun para lo peor, que es huir. Entretanto, se da el ataque á la línea del Cimatario. La ciudad sitiada oye decir que Márquez ha llegado, que en la mañana del 27 se presentará frente á los republicanos, para dar la mano á Miramón. Los repiques y las dianas anuncian á la ciudad esta noticia.

☞ A las seis de la mañana del 27 comienza el ataque, del cual se dice que es un movimiento combinado con Márquez. El mismo Méndez lo cree así : sólo Miramón y Salm Salm están enterados de la verdad.

☞ ¿Qué objeto tiene este ataque? La salida, dice Basch. «Desde las cuatro de la mañana estaban ensillados los caballos en el Convento de la Cruz y todo listo para seguir en cualquier momento al Emperador.» Salm dice también que ése era el objeto de aquella operación. Dos oficiales del Imperio, D. Ignacio de la Peza y D. Agustín Pradillo, creen que tamaña villanía no cuadra con el carácter de Maximiliano. Ciertamente hacen bien, como agradecidos, en decir que «no quieren ver manchada la memoria del ídolo con un desengaño.»

☞ Los espléndidos resultados del ataque sobrepujan á todo lo que se esperaba. La vanguardia se posesiona de las paralelas republicanas. El enemigo desaparece y quedan en poder de Miramón 21 piezas de artillería, los bagajes y numerosos prisioneros. Toda la línea del Cimatario está desierta de republicanos. ¿Había allí soldados ó una bandada de codornices?

☞ El Emperador, violentamente llamado, acude al sitio de la gran victoria. ¿No decía bien Miramón? El Imperio no estaba sitiado : estaba falsamente amagado por muchedumbres desorganizadas. Sólo en tal ó cual punto había verdaderos enemigos. Repetíase, por lo mismo, la opinión que se dió cuando Márquez pro-

Don Mariano Escobedo

puso la retirada para la batalla defensiva. No estaban en ese caso : debía darse la batalla ofensiva de exterminio. El Emperador no podía dudar de esas afirmaciones cuando se le hacían comprobándolas con los datos de la salida del 22 de Marzo y sobre las mismas paralelas del enemigo. Creyó todo y no hubo salida, ni tampoco nuevas operaciones para consumir las ventajas alcanzadas. La embriaguez del éxito lo clavó en aquel sitio. «Pásanse dos horas largas sin hacer realmente nada; sin lanzar, como estaba convenido, todas nuestras fuerzas sobre San Gregorio, en donde, aprovechando el susto del enemigo, fácilmente hubiéramos podido establecernos. En vez de eso, se le deja tiempo para que se reorganice, para que se ponga en buen orden y para que guarnezca las paralelas superiores del Cimatario con tropas de refresco tomadas de su centro. Miramón, queriendo quedar airoso delante del Emperador, manda un nuevo ataque; pero en esta vez ya no huye el enemigo : nos recibe con un fuego nutrido de ocho piezas por lo menos, obligando á nuestra caballería á emprender la retirada.» Hans no da á la artillería enemiga la importancia que le atribuye la ignorancia de Basch en asuntos militares. La retirada de Miramón fué obra de los cazadores de Galeana, que formaban lo más selecto de las reservas de Escobedo. Los rifles de 16 dieron la superioridad á aquellos pocos centenares de hombres que, brillantemente conducidos por Hipólito Charles, sembraron la muerte en el campo enemigo. «En aquel momento nuestras pérdidas fueron crueles, dice uno de los sitiados : los hombres caían como moscas.» En pos de los cazadores llegaron otras fuerzas del Norte con Rocha y Naranjo, que recuperaron las posiciones perdidas y el convoy. Miramón emprendió la retirada que se convertía en derrota. El enemigo seguía de cerca á Miramón, y para impedir que penetrara con la retaguardia, fué necesario ametrallar á los rezagados.

¶ Entretanto, Castillo había fracasado en el ataque por el lado opuesto y no pudo paralizar á Escobedo. A esto se debió que ni se obtuviese el resultado de vencer al enemigo, obligándolo á levantar el sitio, ni se hiciese la retirada. Maximiliano volvió á la ciudad, convencido de que estaba á merced del jefe republicano. Ya no sólo era imposible la retirada : la fuga misma presentaba dificultades acaso invencibles.

¶ En los seis días siguientes hubo dos nuevas tentativas. La fe de Miramón se mantenía intacta. Creía poder tomar de nuevo el Cimatario, atacando la hacienda de Callejas para dominar desde allí la línea. El ataque fracasó. Después, quiso apoderarse de San Gregorio, dando un falso ataque á la referida hacienda de Callejas. No se dió el falso ataque y el verdadero se frustró.

¶ Ya nadie creía en las noticias fraguadas por el Emperador para alimentar la esperanza. El hambre comenzaba á tender sobre la ciudad un crespón de fiebre y de terrores. Moría de gangrena el herido; moría de enfermedad el que salía indemne del combate. La muerte comenzaba á ser artera, y esto enloquecía á los combatientes, que no la temen cuando se presenta con estrépito y embriaguez.